



DEFENSA DE LAS MUJERES

I

En grave empeño me pongo. No es ya sólo un vulgo ignorante con quien entro en la contienda: defender á todas las mujeres, viene á ser lo mismo que ofender á casi todos los hombres, pues raro hay que no se interese en la precedencia de su sexo con desestimación del otro. Á tanto se ha extendido la opinión común en vilipendio de las mujeres, que apenas admite en ellas cosa buena. En lo moral las llena de defectos, y en lo físico de imperfecciones; pero donde más fuerza hace, es en la limitación de sus entendimientos. Por esta razón, después de defenderlas, con alguna brevedad, sobre otros capítulos, discurriré más largamente sobre su aptitud para todo género de ciencias y conocimientos sublimes.

El falso profeta Mahoma, en aquel mal plantado paraíso, que destinó para sus secuaces, les negó la entrada á las mujeres, limitando su felicidad al deleite de ver desde afuera la gloria que habían de poseer dentro los hombres. Y cierto que sería muy buena dicha de las casadas ver en aquella bienaventuranza, compuesta toda de torpezas, á sus maridos en los brazos de otras consortes, que para este efecto fingió fabricadas de nuevo aquel grande artífice de quimeras. Bastaba para comprehender cuánto puede errar el hombre, ver admitido este delirio en una gran parte del mundo.

Pero parece que no se aleja mucho de quien les niega la bienaventuranza á las mujeres en la otra vida, el que les niega casi todo el mérito en esta. Frecuentísimamente los más torpes del vulgo representan en aquel sexo una horrible sentina de vicios, como si los hombres fueran los únicos depositarios de las virtudes. Es verdad que hallan á favor de este pensamiento muy fuertes invectivas en infinitos libros; en tanto grado, que uno ú otro apenas quieren aprobar ni una sola por buena; componiendo, en la que está asistida de las mejores señas, la modestia en el rostro con la lascivia en la alma:

*Aspera si visa est, rigidasque imitata Sabinas,
velle, sed ex alto dissimulare puta.*

Contra tan insolente maledicencia, el desprecio y la detestación son la mejor apología. No pocos de los que con más frecuencia y fealdad pintan los defectos de aquel sexo, se observa ser los más solícitos en granjear su agrado. Eurípides fué sumamente maldiciente de las mujeres en sus tragedias, y, según Ateneo y Stobeo, era amantísimo de ellas en su particular: las execraba en el teatro, y las idolatraba en el aposento. El Bocaccio, que fué con grande exceso impúdico, escribió contra las mujeres la violenta sátira, que intituló *Laberinto del amor*. ¿Qué misterio habrá en eso? Acaso con la ficción de ser de este dictamen quieren ocultar su propensión; acaso en las brutales saciedades del torpe apetito se engendra un tedio desapacible, que no representa sino indignidades en el otro sexo. Acaso también se venga tal vez con semejantes injurias la repulsa de los ruegos; que hay hombre tan maldi-

to, que dice que una mujer no es buena, sólo porque ella no quiso ser mala. Ya se ha visto desahogarse en más atroces venganzas esta injusta queja, como testifica el lastimoso suceso de la hermosísima irlandesa madama Duglas. Guillermo Leout, ciegameente irritado contra ella, porque no había querido condescender con su apetito, la acusó de crimen de lesa majestad, y probando con testigos sobornados la calumnia, la hizo padecer pena capital. Confesóla después el mismo Leout, y refiere el suceso La Mota le Vayer (1).

No niego los vicios de muchas. ¡Mas ay! si se aclarara la genealogía de sus desórdenes, ¡cómo se hallaría tener su primer origen en el porfiado impulso de individuos de nuestro sexo! Quien quisiere hacer buenas á todas las mujeres, convierta á todos los hombres. Puso en ellas la naturaleza por antemural la vergüenza, contra todas las baterías del apetito; y rarísima vez se le abre á esta muralla la brecha por la parte interior de la plaza.

Las declamaciones que contra las mujeres se leen en algunos escritores sagrados, se deben entender dirigidas á las perversas, que no es dudable las hay: y aun cuando miraran en común al sexo, nada se prueba de ahí; porque declaman los médicos de las almas contra las mujeres, como los médicos de los cuerpos contra las frutas, que, siendo en sí buenas, útiles y hermosas, el abuso las hace nocivas. Fuera de que, no se ignora la extensión que admite la oratoria en ponderar el riesgo, cuando es su intento desviar el daño.

Y díganme los que suponen más vicios en aquel sexo que en el nuestro, ¿cómo componen esto con darle la Iglesia á aquel con especialidad el epíteto de devoto? ¿Cómo, con lo que dicen gravísimos doctores, que se salvarán más mujeres que hombres, aun atendida la proporción á su mayor número? Lo cual no fundan ni pueden fundar en otra cosa, que en la observación de ver en ellas más inclinación á la piedad.

Ya oigo contra nuestro asunto aquella proposición, de mucho ruido y de ninguna verdad, que las mujeres son causa de todos los males; en cuya comprobación, hasta los ínfimos de la plebe inculcan á cada paso que la Cava indujo la pérdida de toda España, y Eva la de todo el mundo.

(1) *Opusc. Except.*

Pero el primer ejemplo absolutamente es falso. El conde don Julián fué quien trajo los moros á España, sin que su hija se lo persuadiese, quien no hizo más que manifestar al padre su afrenta. ¡Desgraciadas mujeres, si en el caso de que un insolente las atropelle, han de ser privadas del alivio de desahogarse con el padre ó con el esposo! Eso quisieran los agresores de semejantes temeridades. Si alguna vez se sigue una venganza injusta, será la culpa, no de la inocente ofendida, sino del que la ejecuta con el acero y del que dió ocasión con el insulto, y así, entre los hombres queda todo el delito.

El segundo ejemplo, si prueba que las mujeres en común son peores que los hombres, prueba del mismo modo que los ángeles en común son peores que las mujeres; porque, como Adán fué inducido á pecar por una mujer, la mujer fué inducida por un ángel. No está hasta ahora decidido quién pecó más gravemente, si Adán, si Eva; porque los padres están divididos; y en verdad, que la disculpa que da Cayetano á favor de Eva, de que fué engañada por una criatura de muy superior inteligencia y sagacidad, circunstancia que no ocurrió en Adán, rebaja mucho, respecto de éste, el delito de aquella.

II

Pasando de lo moral á lo físico, que es más de nuestro intento, la preferencia del sexo robusto sobre el delicado se tiene por pleito vencido, en tanto grado, que muchos no dudan en llamar á la hembra animal imperfecto, y aun monstruoso, asegurando que el designio de la naturaleza en la obra de la generación siempre pretende varón, y sólo por error ó defecto, ya de la materia, ya de la facultad, produce hembra.

¡Oh admirables físicos! Seguiráse de aquí que la naturaleza intenta su propia ruina, pues no puede conservarse la especie sin la concurrencia de ambos sexos. Seguiráse también que tiene más errores que aciertos la naturaleza humana en

aquella principalísima obra suya, siendo cierto que produce más mujeres que hombres; ni ¿cómo puede atribuirse la formación de las hembras á debilidad de virtud ó defecto de materia, viéndolas nacer muchas veces de padres bien complexionados y robustos, en lo más florido de su edad? ¿Acaso, si el hombre conservara la inocencia original, en cuyo caso no hubiera estos defectos, no habían de nacer algunas mujeres, ni se había de propagar el linaje humano?

Bien sé que hubo autor que se tragó tan grave absurdo, por mantener su declarada ojeriza contra el otro sexo. Este fué Almarico, doctor parisiense del siglo XII; el cual, entre otros errores, dijo, que durante el estado de la inocencia, todos los individuos de nuestra especie serían varones, y que Dios los había de criar inmediatamente por sí mismo, como había criado á Adán.

Fué Almarico ciego secuaz de Aristóteles, de modo que, todos ó casi todos sus errores fueron consecuencias que tiró de doctrinas de aquel filósofo. Viendo, pues, que Aristóteles, no en una parte sola de sus obras, da á entender que la hembra es animal defectuoso, y su generación accidental y fuera del intento de la naturaleza, de aquí infirió que no habría mujeres en el estado de la inocencia. Así se sigue muchas veces una teología herética á una errada física.

Pero la grande adherencia que con Aristóteles profesó Almarico, les estuvo mal á Almarico y á Aristóteles; porque los errores de Almarico fueron condenados en un concilio parisiense, el año de 1209, y en el mismo concilio fué prohibida la lectura de los libros de Aristóteles, confirmando después esta prohibición el papa Gregorio IX. Era ya muerto Almarico un año antes que se proscribiesen sus dogmas; y así, fueron desenterrados sus huesos y arrojados en un lugar inmundado.

De aquí es que no nos deben hacer fuerza uno ú otro doctor, por otra parte grave, que asentaron ser defectuoso el sexo femenino, sólo porque Aristóteles lo dijo, de quien fueron finos sectarios, aunque sin precipitarse en el error de Almarico. Es cierto que Aristóteles fué inicuo con las mujeres, pues no sólo proclamó con exceso sus defectos físicos, pero aun con mayor vehemencia los morales, de que se apuntará algo en otra parte. ¿Quién no pensará que su genio le incli-

naba al desvío de aquel sexo? Pues nada menos que eso. No sólo amó con ternura á dos mujeres que tuvo, pero le sacó tanto de sí el amor de la primera, llamada Pitais, hija, como quieren unos, ó sobrina, como dicen otros, de Hermias, tirano de Atarneo, que llegó al delirio de darle incienso como á deidad. También se cuentan insanos amores suyos con una criaduela, bien que Plutarco no se acomoda á creerlo; pero en esta parte merece más fe Teocrito Chio, que en un epigrama vivamente satirizó á Aristóteles su obscenidad, porque fué del tiempo de Aristóteles y Plutarco, muy posterior; en cuyo ejemplo se ve que la mordacidad contra las mujeres, muchísimas veces, y aun las más, anda acompañada de una desordenada inclinación hacia ellas, como ya dijimos arriba.

Del mismo error físico, que condena á la mujer por animal imperfecto, nació otro error teológico, impugnado por san Agustín (libro XXII, *De Civ. Dei*, capítulo XVII), cuyos autores decían que en la resurrección universal esta obra imperfecta se ha de perfeccionar, pasando todas las mujeres al sexo varonil; como que la gracia ha de concluir entonces la obra que dejó sólo empezada la naturaleza.

Este error es muy parecido al de los infatuados alquimistas, que, sobre la máxima de que la naturaleza en la producción metálica siempre intenta la generación del oro, y sólo por defecto de virtud pára en otro metal imperfecto, pretenden que después el arte conduzca la obra á su perfección, y haga oro lo que nació hierro. Mas al fin, este error es más tolerable, ya porque no toca en materia de fe, ya porque (séase lo que se fuere del intento de la naturaleza y de la imaginaria capacidad del arte), de hecho el oro es el metal más noble, y los demás son de muy inferior calidad; pero en nuestro asunto todo es falso: que la naturaleza intenta siempre varón; que su operación bastardea en la mujer, y mucho más que este yerro se ha de enmendar en la resurrección universal.

III

No por eso apruebo el arrojito de Zacuto Lusitano, que en la introducción al tratado *De morbis mulierum*, con frívolas

razones quiso poner de bando mayor á las mujeres, haciendo creer su perfección física sobre los hombres. Con otras de mayor apariencia se pudiera reprehender ese asunto; pero mi empeño no es persuadir la ventaja, sino la igualdad.

Y para empezar á hacernos cargo de la dificultad (dejando por ahora aparte la cuestión del entendimiento, que se ha de disputar separada y más de intento en este discurso), por tres prendas, en que hacen notoria ventaja á las mujeres, parece se debe la preferencia á los hombres: *robustez*, *constancia* y *prudencia*. Pero aun concedidas por las mujeres estas ventajas, pueden pretender el empate, señalando otras tres prendas en que exceden ellas: *hermosura*, *docilidad* y *sencillez*.

La robustez, que es prenda del cuerpo, puede considerarse contrapesada con la hermosura, que también lo es; y aun muchos le concederán á esta el exceso. Tendrían razón, si el precio de las prendas se hubiese de determinar precisamente por la lisonja de los ojos; pero debiendo hacer más peso en el buen juicio, para decidir esta ventaja, la utilidad pública, pienso debe ser preferida la robustez á la hermosura. La robustez de los hombres trae al mundo esencialísimas utilidades en las tres columnas que sustentan toda república: guerra, agricultura y mecánica. De la hermosura de las mujeres no sé qué fruto importante se saque, si no es que sea por accidente. Algunos la argüirán de que, bien lejos de traer provechos, acarrea gravísimos daños en amores desordenados que enciende, competencias que suscita, cuidados, inquietudes y celos que ocasiona en los que están encargados de su custodia.

Pero esta acusación es mal fundada, como originada de falta de advertencia. En caso que todas las mujeres fuesen feas, en las de menos deformidad se experimentaría tanto atractivo como ahora en las hermosas; y por consiguiente, harían el mismo estrago. La menos fea de todas, puesta en Grecia, sería incendio de Troya, como Helena; y puesta en el palacio del rey don Rodrigo, sería ruina de España, como la Cava. En los países donde las mujeres son menos agraciadas, no hay menos desórdenes que en aquellos donde las hay de más gentileza y proporción; y aun en Moscovia, que excede en copia de mujeres bellas á todos los demás reinos de Europa, no está tan desenfrenada la incontinenencia como en

otros países, y la fe conyugal se observa con mucha mayor exactitud.

No es, pues, la hermosura por sí misma autora de los males que le atribuyen. Pero en el caso de la cuestión, doy mi voto á favor de la robustez, la cual juzgo prenda mucho más apreciable que la hermosura. Y así, en cuanto á esta parte, se ponen de bando mayor los hombres: quédales, empero, á salvo á las mujeres replicar, valiéndose de la sentencia de muchos doctos, y recibida de toda una ilustre escuela, que reconoce la voluntad por potencia más noble que el entendimiento, la cual favorece su partido; pues si la robustez, como más apreciable, logra mejor lugar en el entendimiento, la hermosura, como más amable, tiene mayor imperio en la voluntad.

La prenda de la constancia, que ennoblece á los hombres, puede contrarestarse con la docilidad, que resplandece en las mujeres. Donde se advierte que no hablamos de estas y otras prendas, consideradas formalmente en el estado de virtudes, porque en este sentido no son de la línea física, sino en cuanto están radicadas y como delineadas en el temperamento, cuyo embrión informe es indiferente para el buen y mal uso; y así, mejor se llamarán flexibilidad ó inflexibilidad del genio, que constancia ó docilidad.

Diráseme que la docilidad de las mujeres declina muchas veces á la ligereza, y yo repongo, que la constancia de los hombres degenera muchas veces en terquedad. Confieso que la firmeza en el buen propósito es autora de grandes bienes, pero no se me puede negar que la obstinación en el malo es causa de grandes males. Si se me arguye que la invencible adherencia al bien ó al mal es calidad de los ángeles, respondo, que sobre no ser eso tan cierto que no lo nieguen grandes teólogos, muchas propiedades que en las naturalezas superiores nacen de su excelencia, en las inferiores provienen de su imperfección. Los ángeles, según doctrina de santo Tomás, cuanto más perfectos, entienden por menos especies, y en los hombres el corto número de especies es defecto. En los ángeles el estudio sería tacha de su entendimiento, y á los hombres les ilustra el suyo.

La prudencia de los hombres se equilibra con la sencillez de las mujeres. Y aun estaba para decir más; porque en realidad, al género humano mucho mejor le estaría la sencillez,

que la prudencia de todos sus individuos. Al siglo de oro nadie le compuso de hombres prudentes, sino de hombres cándidos.

Si se me opone que mucho de lo que en las mujeres se llama candidez, es indiscreción, repongo yo, que mucho de lo que en los hombres se llama prudencia, es falacia, doblez y alevosía, que es peor. Aun esa misma franqueza indiscreta, con que á veces se manifiesta el pecho contra las reglas de la razón, es buena considerada como señal. Como nadie ignora sus propios vicios, quien los halla en sí de alguna monta, cierra con cuidado á los acechos de la curiosidad los resquicios del corazón. Quien comete delitos en su casa, no tiene á todas horas la puerta abierta para el registro. De la malicia es compañera individua la cautela. Quien, pues, tiene facilidad en franquear el pecho, sabe que no está muy asqueroso. En esta consideración, la candidez de las mujeres siempre será apreciable, cuando arreglada al buen dictamen, como perfección, y cuando no, como buena señal.

IV

Sobre las buenas calidades expresadas, resta á las mujeres la más hermosa y más transcendente de todas, que es la vergüenza; gracia tan característica de aquel sexo, que aun en los cadáveres no le desampara, si es verdad lo que dice Plinio, que los de los hombres anegados fluctúan boca arriba, y los de las mujeres boca abajo: *Veluti pudori defunctarum parcente natura* (1).

Con verdad y agudeza, preguntado el otro filósofo qué color agraciaba más el rostro á las mujeres, respondió que el de la vergüenza. En efecto, juzgo que esta es la mayor ventaja que las mujeres hacen á los hombres. Es la vergüenza una valla, que entre la virtud y el vicio puso la naturaleza. Som-

(1) Libro VII, capítulo XVII.

bra de las bellas almas y carácter visible de la virtud la llamó un discreto francés. Y san Bernardo, extendiéndose más, la ilustró con los epítetos de piedra preciosa de las costumbres, antorcha de la alma púdica, hermana de la continencia, guarda de la fama, honra de la vida, asiento de la virtud, elogio de la naturaleza y divisa de toda honestidad (1). Tintura de la virtud la llamó, con sutileza y propiedad, Diógenes. De hecho este es el robusto y grande baluarte, que, puesto enfrente del vicio, cubre todo el alcázar de la alma, y que, vencido una vez, no hay, como decía el Nacianceno, resistencia á maldad alguna: *Protinus extincto subeunt mala cuncta pudore*.

Diráse que es la vergüenza un insigne preservativo de ejecuciones exteriores, mas no de internos consentimientos; y así, siempre le queda al vicio camino abierto para sus triunfos por medio de los invisibles asaltos que no puede estorbar la muralla del rubor. Aun cuando ello fuese así, siempre sería la vergüenza un preservativo preciosísimo, por cuanto, por lo menos, precave infinitos escándalos y sus funestas consecuencias. Pero si se hace atenta reflexión, se hallará que defiende, si no en un todo, en gran parte, aun de esas escaladas silenciosas que no salen de los ocultos senos de la alma; porque son muy raros los consentimientos internos cuando no los acompañan las ejecuciones, que son las que radican los afectos criminales en la alma, las que aumentan y fortalecen las propensiones viciosas. Faltando estas, es verdad que una ú otra vez se introduce la torpeza en el espíritu, pero no se aloja en él como doméstica, mucho menos como señora, si sólo como peregrina.

Las pasiones, sin aquel alimento que las nutre, yacen muy débiles y obran muy tímidas; mayormente cuando en las personas muy ruborosas es tan franco el comercio entre el pecho y el semblante, que pueden recelar salga á la plaza pública del rostro cuanto maquinan en la retirada oficina del pecho. De hecho se les pintan á cada paso en las mejillas los más escondidos afectos, que el color de la vergüenza es el único que sirve á formar imágenes de objetos invisibles. Y así, aun para atajar tropiezos del deseo, puede ser rienda en las mu-

(1) Serm. 86, in Cant.

jes el miedo de que se lea en el rostro lo que se imprime en el ánimo.

Á que se añade, que en muchas sube á tal punto el rubor, que le tienen de sí mismas. Este heróico primor de la vergüenza, de que trató el ingeniosísimo padre Vieira en uno de sus sermones, no es puramente ideal, como juzgan algunos espíritus groseros, sino práctico y real en los sujetos de índole más noble. Así lo conoció Demetrio Falereo, cuando instruyendo la juventud de Atenas, les decía que dentro de casa tuviesen vergüenza de sus padres, fuera de ella de todos los que los viesan, y en la soledad cada uno de sí propio.

V

Pienso haber señalado tales ventajas de parte de las mujeres, que equilibran y aun acaso superan las calidades en que exceden los hombres. ¿Quién pronunciará la sentencia en este pleito? Si yo tuviese autoridad para ello, acaso daría un corte, diciendo que las calidades en que exceden las mujeres, conducen para hacerlas mejores en sí mismas; las prendas en que exceden los hombres, los constituyen mejores, esto es, más útiles para el público. Pero, como yo no hago oficio de juez, sino de abogado, se quedará el pleito por ahora indeciso.

Y aun cuando tuviese la autoridad necesaria, sería forzoso suspender la sentencia, porque aun se replica á favor de los hombres, que las buenas calidades que atribuyo á las mujeres son comunes á entrambos sexos. Yo lo confieso, pero en la misma forma que son comunes á ambos sexos las buenas calidades de los hombres. Para no confundir la cuestión, es preciso señalar de parte de cada sexo aquellas perfecciones, que mucho más frecuentemente se hallan en sus individuos, y mucho menos en los del otro. Concedo, pues, que se hallan hombres dóciles, cándidos y ruborosos. Añado que el rubor, que es buena señal en las mujeres, aún lo es mejor en los

hombres; porque denota, sobre índole generosa, ingenio agudo; lo que declaró más de una vez en su *Satiricón* Juan Barclayo, á cuyo sutilísimo ingenio no se le puede negar ser voto de muy especial nota; y aunque no es seña infalible, yo en esta materia he observado tanto, que ya no espero jamás cosa buena de muchacho, en quien advierto frente muy osada.

Es así, digo, que en varios individuos de nuestro sexo se observan, aunque no con la misma frecuencia, las bellas cualidades que ennoblecen al otro. Pero esto en ninguna manera inclina á nuestro favor la balanza, porque hacen igual peso por la otra parte las perfecciones de que se jactan los hombres, comunicadas á muchas mujeres.

VI

De prudencia política sobran ejemplos en mil princesas por extremo hábiles. Ninguna edad olvidará la primera mujer en quien desemboza la historia las oscuridades de fábula: *Semiramis*, digo, reina de los asirios, que, educada en su infancia por las palomas, se elevó después sobre las águilas, pues no sólo se supo hacer obedecer ciegamente de los súbditos, que le había dejado su esposo, mas hizo también súbditos todos los pueblos vecinos, y vecinos de su imperio los más distantes, extendiendo sus conquistas, por una parte hasta la Etiopía, por otra hasta la India. Ni á *Artemisa*, reina de Caria, que no sólo mantuvo en su larga viudez la adoración de aquel reino, mas siendo asaltada de los rodios dentro de él, con dos singularísimas estratagemas, en dos lances solos, destruyó las tropas que le habían invadido; y pasando velozmente de la defensiva á la ofensiva, conquistó y triunfó de la isla de Rodas. Ni á las dos *Aspasias*, á cuya admirable dirección fiaron enteramente, con feliz suceso, el gobierno de sus estados, Pericles, esposo de la una, y Ciro, hijo de Darío Noto, galán de la otra. Ni á la prudentísima *File*, hija de Antipatro, de

quien, aun siendo niña, tomaba su padre consejo para el gobierno de Macedonia, y que después con sus buenas artes sacó de mil ahogos á su esposo, el precipitado y ligero Demetrio. Ni á la mañosa *Livia*, cuya sutil astucia parece fué superior á la penetración de Augusto, pues no le hubiera dado tanto dominio sobre su espíritu si la hubiera conocido. Ni á la sagaz *Agripina*, cuyas artes fueron fatales para ella y para el mundo, empleándose en promover á su hijo Nerón al solio. Ni á la sabia *Amalásunta*, en quien fué menos entender las lenguas de todas las naciones sujetas al imperio romano, que gobernar con tanto acierto el Estado, durante la menoridad de su hijo Atalarico.

Ni, dejando otras muchísimas y acercándonos á nuestros tiempos, se olvidará jamás *Isabela de Inglaterra*, mujer en cuya formación concurrieron con igual influjo las tres gracias que las tres furias, y cuya soberana conducta sería siempre la admiración de Europa, si sus vicios no fueran tan parciales de sus máximas, que se hicieron imprescindibles; y su imagen política se presentará siempre á la posteridad, coloreada, manchada diré mejor, con la sangre de la inocente María Estuardo, reina de Escocia. Ni *Catalina de Médicis*, reina de Francia, cuya sagacidad en la negociación de mantener en equilibrio los dos partidos encontrados de católicos y calvinistas, para precaver el precipicio de la corona, se pareció á la destreza de los volatines, que en alta y delicada cuerda, con el pronto artificioso manejo de los dos pesos opuestos, se aseguran de el despeño y deleitan á los circunstantes ostentando el riesgo y evitando el daño. No fuera inferior á alguna de las referidas nuestra católica *Isabela* en la administración del gobierno, si hubiera sido reinante como fué reina. Con todo, no le faltaron ocasiones y acciones en que hizo resplandecer una prudencia consumada. Y aun Laurencio Beyerlink, en su elogio, dice que no se hizo cosa grande en su tiempo, en que ella no fuese la parte ó el todo: *Quid magni in regno, sine illa, imò nisi per illam ferè gestum est?* Por lo menos el descubrimiento del Nuevo Mundo, que fué el suceso más glorioso de España en muchos siglos, es cierto que no se hubiera conseguido, si la magnanimidad de *Isabela* no hubiese vencido los temores y perezas de Fernando.